

MAYA

Cuentos Breves

Maya Cartonera II

Rosario Orozco Φ Ernesto Adair Zepeda Villarreal Φ
Carlos Prospero Φ Amilcar Zuñiga Φ Julio Cesar Pérez
Morales Φ Melisa Cosilión Cano Φ Maria Isabel Ángel Φ
Jesús Ameth Salinas Domínguez Φ Ney Antonio Salinas
Domínguez Φ Arturo O. Pérez López Φ Citlalli Ruíz Cantú
Φ Grisel Amalia Domínguez Ruíz Φ Karla Barajas Φ
Josefa Salinas Domínguez

Narrativa



Cuentos breves

Maya Cartonera II

Cuentos breves

NARRATIVA



ePub v 1.0

diciembre 2019

Cuentos breves

Maya Cartonera II

Cuentos breves

Maya Cartonera ® 2019

Fb: Chepy Salinas Domínguez

Fb: Maya Cartonera

mayacartonera.blogspot.com

Jossesad@hotmail.com

Editor: E Adair Z V

Maya Cartonera, 2013 1ª edición. Taller andante, Chiapas, México.

Ave Azul 2ª edición 2019.

ISBN digital: En trámite.

Ediciones Ave Azul & Maya Cartonera

aveazul.com.mx

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

MAYA Cartonera es un proyecto editorial artesanal, con trabajo de costura manual, que tiene el objetivo de ser un espacio para para compartir creaciones de literatura y artes visuales de artistas con trayectoria y nuevos creadores.

El trabajo editorial de Maya Cartonera inició en el 2012, y ha acumulado nueve convocatorias y una cartonera impresa editada en Argentina. Además de promover la lectura, otra acción de este proyecto es reciclar el cartón, pues las portadas son de dicho material, y son pintadas a mano, dándoles un valor de colección único.



ÍNDICE

Maya Cartonera II... cuentos	9
Maya Cartonera: La memoria y la acción	9
LA LLAMADA	13
TU FANTASMA.....	15
FABIAN CHICO	17
LA ESCUELA	20
LA VIDA DESDE ESTA VIDA	24
LA CONFESIÓN	27
LA VERDADERA VOCACIÓN	31
EL NAHUAL DE DOÑA MANUELA	34
LA PRINCESA “Ameyaxóchitl”	39
SICUIRANCHA EL PRIMER PURÉPECHA	42
EL NIÑO TRAVIESO	45
GALLINITA	48
ÓSKAR.....	50

Cuentos breves

Para los colaboradores y cartoneros de corazón.

Maya Cartonera II... cuentos

Maya Cartonera celebra con ustedes este segundo número, que con mucho esfuerzo pudimos reunir para compartir con todos ustedes; los cuentos se ilustraron de acuerdo con el texto, en los que participan compañeros que se suman a esta segunda cartonera, autores con experiencia y otros que se suman a la aventura cartonera.

Presentamos una compilación de cuentos cortos en su mayoría, en una temática sin límites pues encontraremos cuentos desbordantes que nos impregnan de esas imágenes de desesperación, amor, desamor, locura; los sentimientos afloran en estos textos que nos llevan a disfrutar los diferentes estilos de autores que nos comparten sus escritos, seleccionados por los compañeros Rosario Orozco y Carlos Prospero.

Agradecemos la participación y apoyo de todos los compañeros cartoneros que han formado parte de este arduo trabajo de manera directa e indirecta. Por un espacio independiente, ventana para expresar el arte y la cultura de nuestros pueblos, Maya Cartonera 2, dedicada esta ocasión a los cuentos.

Josefa Salinas Domínguez, 2013.

Maya Cartonera: La memoria y la acción

Las cartoneras son libros editados e impresos de forma completamente artesanal, que tienen la particularidad de que la portada está hecha a mano, se recicla materiales en su elaboración, y por lo regular cada ejemplar tiene una ilustración única. Las cartoneras son un trabajo artesanal excepcional que deja una huella propia en cada ejemplar que se construye. El espíritu de las cartoneras no es compatible con las

ediciones masivas que se pueden reponer y distribuir, y es un acto de completa rebeldía contra el mercado, donde lo valioso no es el consumo, sino la casualidad de coincidir en el mismo espacio y tiempo con este trabajo. Son objetos únicos.

Con cada cartonera se lleva el trabajo de un compilador, que en este caso fue obra de Josefa Salinas Domínguez, quien recibe y organiza el material. En segundo momento intervienen los participantes, hombres y mujeres libres que comprenden que este proyecto no es ni de lucro ni masivo, sino un acto de creación pura, y por tanto de amor a su propia obra y la de sus semejantes. Con el trabajo de Josefa, o Chepy, viene también el de sus alumnos y amigos, quienes aportan ilustraciones para cada historia, lo que es particularmente noble en este proyecto, ya que se abre la plática entre los autores y sus lectores, niños y niñas de la ruralidad chiapaneca, que le dan el mayor de los sentidos a la literatura: caminar hacia el futuro con quienes lo serán. Finalmente, el circuito se cierra con el lector, que tiene en sus manos todo este trabajo, y que no sabe lo que es en sí una obra de esta naturaleza.

Las cartoneras no sólo son publicaciones de bajo presupuesto, si se quiere ver de esa manera tan simplista, sino que son un testimonio vívido de la colectividad como motor creativo. La presente edición no tiene esa belleza de ser algo único, sino que es un tributo a este tipo de trabajos, de manera que lo que se ve limitado por el ejercicio de la realidad, se pueda compartir fuera de las fronteras de lo cotidiano. Con mucho respeto y admiración, traemos esta cartonera de Maya Cartonera para que siga rodando por el mundo, aunque pálidamente virtual. Y que se dé difusión a su encantador proyecto, que busca hilvanar un puente de ideas y debates entre el hoy y el mañana.

Ediciones Ave Azul, Texcoco de Mora, 2019

Maya Cartonera II

Cuentos breves

Maya Cartonera
2013

Pinceladas en las portadas por:

Citlalli Ruíz Cantú
Grisel Amalia Domínguez Ruíz
Karla Barajas
Josefa Salinas Domínguez

Gracias especiales a los siguientes compañeros que de alguna forma han dado fuerza a este proyecto, por un espacio incluyente e independiente maya cartonera los considera hermanos cartoneros de corazón:

Rosario Orozco
Ernesto Adair Zepeda Villarreal
Carlos Prospero
Amilcar Zuñiga
Julio Cesar Pérez Morales
Mellisa Cosilión Cano
Maria Isabel Ángel
Jesús Ameth Salinas Domínguez
Ney Antonio Salinas Domínguez
Arturo O. Pérez López

LA LLAMADA

Autor: Ernesto Adair Zepeda Villarreal.

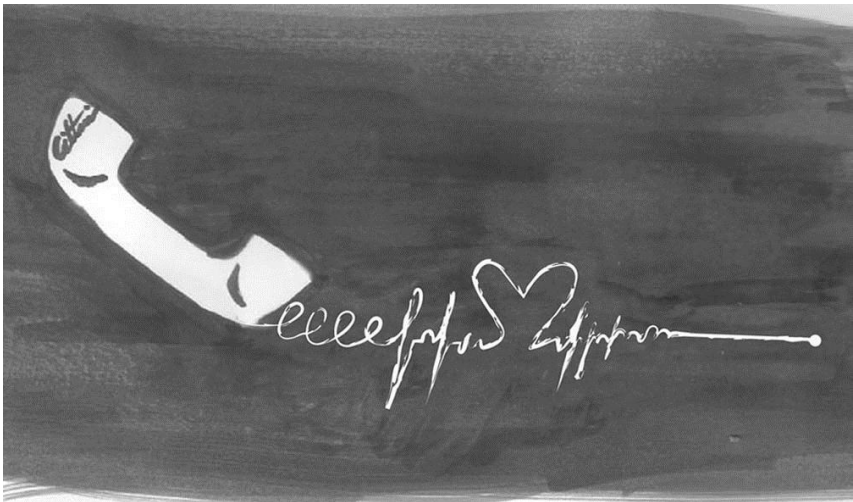
Ilustradora: Citlalli Ruíz Cantú.

¿Y SI ELLA MARCARA en el teléfono el número que se había repetido hasta aprender de memoria? Da el primer tono, silencio, segundo tono... ¿y si él contestara en algún sitio de la misma ciudad, alegre?, ¿qué sería de ambos? Una llamada. ¿Y si él le dijera lo joven que ella es?, ¿y si ella le agradeciera la poca honestidad de sus palabras? La charla se abriría en sus gargantas con la naturalidad de los que se buscan entre las distancias del mundo, con la sencillez de quien enciende la radio. ¿Y si él fuera tan franco como ella lo recordaba? ¡Hola! ¡Aló! ¡Un gusto! ¿Y si acaso uno de los dos supiera el alcance de las palabras que corren por la fibra óptica, y llegan al otro extremo de la línea como un roce? El silencio es semejante a las pausas entre las notas de una canción. ¡Llamaba para saludarte! ¡Me encanta que digas eso! ¡Nada, que he pensado un poco en ti! ¡Yo igual, también quería saludarte! ¿Y si allí terminara el asunto; y si la corriente de la noche les guiara a través de una simple plástica hasta que pudieran ser honestos? Eso nunca se sabe. Pero la música les llega a ambos, donde quiera que estén, porque ambos componen la letra que desean escuchar. ¿Y si él fuera un poco impertinente, y a ella le gustara ese desenfado?, ¿y si ella le devolviera uno de los halagos que él le regala y él se sintiera completo? Incluso el eco entre ellos les permite respirar hondamente. Buscan las palabras que adivinan en el otro, y las repiten hasta que pierden coherencia. ¿Y si él fuera un poco atrevido? ¡Me moría de ganas de escucharte de nuevo! ¿Y si ella no quisiera que él supiera que sentía lo mismo? ¡No me digas esas cosas o vas a hacer que me gustes! ¡Qué va! ¡Eres un pícaro! Las frases se acomodan al deseo. ¿Cuándo te pasas para saludarte? ¡¿Qué crees linda, que no quiero verte?!

¿Y si ella se mordiera los labios? ¿Y si él se adelantara a sus pensamientos y le dijera: ¡el martes tengo tiempo para un paseo!/? ¿Ella sabría qué decirle? ¡Vale, el martes! ...

¡Es tarde, mira la hora que es! ¡Qué barbaridad, el tiempo se nos ha ido al teléfono! ¿Si ninguno de los dos dijera “hasta pronto” y colgaran de tajo al mismo momento como si no hubiera nada que agregar? ¡Así quedamos! ¡El martes! ¿Y si no supieran que en el momento en que se encuentren harán lo inconcebible para que el aire les sepa a lo mismo de siempre, y por siempre? ¿Y si tuvieran miedo de que ese día llegue? ¿Y si ella no estuviera ya casada? ¿Y si él no fuera a llegar a la cita que se habían fijado?

Demasiadas preguntas. ¡Hasta luego! ¡Cuídate! ¡Entonces el martes, no vayas a faltar! ¡Jamás me perdonaría si lo hiciera! ¡Chao! ¡Chao! ¿Y si ella tuviera el valor de marcar, y él para contestar esa llamada? ¡Qué prodigioso que pudieran escapar de sus soledades caprichosas! ¡Qué prodigio el de la vida que gira con el sintonizador de una radio! ¡Adiós! ¡Un beso!



TU FANTASMA

Autora: Flornegra... Che.

Ilustradora: Citlalli Ruíz Cantú.

AYER ME ACORDE DE TI, pensaba en tu mano sobre mi espalda y tus palabras burbujeando de tus labios. Entonces corrí al bar y en la esquina, disfrutando de un tequila, una lágrima renacía en mi fe de poder verte cruzar la puerta del infierno.

La lluvia deslavaba la calle oscura y entonces en mi mente se dibujan los recuerdos de tenerte, los delirios de nuestros besos y de soñar con sólo rosar tu mano.

Me acorde de ti, porque en la mañana traqueteando en las horas del día, me cruce con tu nombre dibujado en la esquina del muro de la secundaria donde los recuerdos siguen estilando y fundiéndose en el alcohol de mi vida.

Me acorde de ti porque eres el fantasma de esta historia donde tiritita mi alma de un sostén sucio abandonado en el patio de los ayeres.

Entonces levanté el rostro, y te vi aparecer de la mano de alguien que no esperaba, tomé un tequila más y me dormí en la mesa de ese bar, contando tus pasos fantasmas.



FABIAN CHICO

Autor: Gabriel Vega Real.

Ilustrador: Alejandro Labastida Gordillo.

FABIÁN CHICO MIRÓ lo que quedó de su casa. Aspiró el polvo que se levantaba de los muros derruidos. Con la maleta a su espalda siguió al Charol, su inseparable amigo de la secundaria. Recordó los días de carcajadas, los paseos viajando de mosca en el tranvía, las competencias de gargajos, y la vez que encerró en el baño al maestro de música de sexto año de primaria.

Una semana antes pareciera que todo seguiría igual. Las tardes de aburrimiento, las mañanas en la escuela, y las noches jugando coladeras en la calle. Sus libros se perdieron entre los escombros de la vieja casa. Después del entierro de sus padres decidió abandonar los estudios para siempre. Se dedicaría a la vagancia, y a visitar de cuando en cuando el cementerio. Fabián estaba convencido: jamás regresaría al lugar donde creció platicando con los muros; en especial con el de su recámara. Este muro fue el que lo empezó a llamar Fabián Chico. Las paredes de la cocina le decían Fabiancito; esto lo hacía sentir mal, creía que las paredes pensaban que era maricón. A la otra recámara le había dado por llamarlo Fabis; tampoco era de su agrado, pero por tratarse de la habitación de sus padres mudos lo soportaba.

Recordó que ocho días antes la casa se enfureció. Desde que se asomó por la puerta del jardín, la maceta le advirtió que no entrara, que algo estaba sucediendo. El helecho se miraba espantado, le decía a la azalea que lo convenciera de que se alejara. Pero él no les creyó. Sabía que eran bastante exagerados. Cuando no los regaba le reclamaban a gritos, y

cuando les echaba agua, permanecían por horas con cara de idiotas buscando la luz del sol.

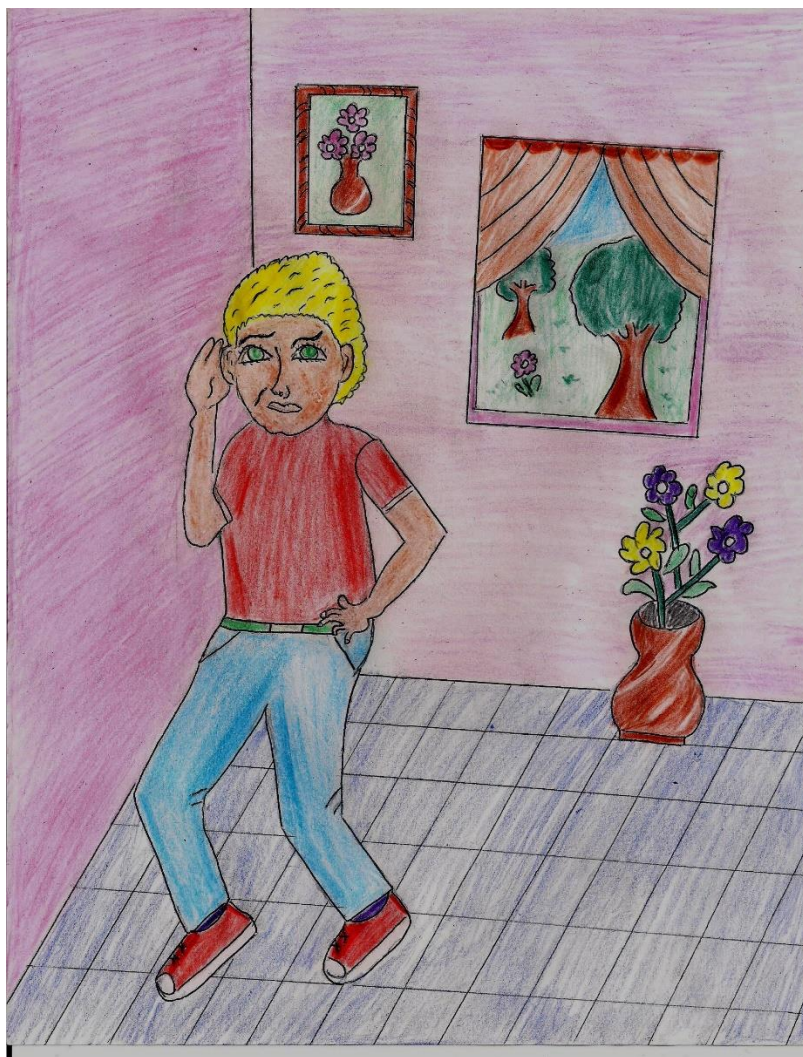
Al dar el primer paso en el pasillo, escuchó los gritos: “*Lárgate de aquí*”. Fabián comprendió la molestia de los muros. Ya hacía dos años que su padre no los cambiaba de color. Se miraban enmohecidos y descascarados. De las capas de pintura se desprendieron sus primeras palabras, se escucharon sus primeros pasos, sus primeras lecciones con doña Pepa; en fin, de las capas de pintura se despegaron todas sus primeras cosas, menos su primer beso, que fue en el jardín, con María, la vecina de enfrente de la casa. De este beso el helecho, la azalea y la maceta guardaban buenos recuerdos, incluso la enredadera recordaba a diario sus mejillas encendidas cuando vio la lengua de María explorando su inocencia.

Al dar el segundo paso, escuchó que sus gritos se abrían camino entre las cáscaras de pintura; oyó cuando el Figo lo mordió, los chillidos de la vez que le robaron su primera bicicleta, los sollozos por la muerte de su abuela, y el llanto del perro arrepentido por haberle clavado los colmillos en la pierna. Las paredes no dejaban de gritar. Pensó que se volvía loco. Pero se tranquilizó al escuchar hablar a la cocina: “*¡Fabiancito! No tengas miedo. La casa se enojó. En la mañana empezó a gruñir. Tus papás no escucharon nada. ¡Pero que estúpida! ¡Cómo van a escuchar? Sí están bien sordos. Camina despacito. Los muros de tu cuarto todavía están vociferando. No te preocupes. Yo estoy aquí para protegerte*”.

Hacía dos años que la casa les gritaba que le dolían las coyunturas, pero nadie hizo caso; ni su padre, ni su madre, ni Fabián. Las piernas le dolían, el reuma hacía años le aquejaba. A diario se miraban pedazos de concreto en el pasillo, los dolores provocaban llanto en las paredes. Los lamentos se convirtieron en reclamos, hasta que finalmente se reveló aplastando a sus padres, y amenazando acabar con él también.

Fabián se cobijó una semana en la cocina; que fue la única que no se reveló. Al llegar El Charol, lo encontró pegando el oído a un pedazo de muro con dieciocho capas de pintura tratando de escuchar nuevamente

sus primeras veces, pero la casa había enmudecido igual que sus padres. Sintió que El Charol le ponía la mano en la espalda y miró por última vez la casa que habitó durante veinte años, dieciocho de los cuales su padre la consintió maquillando sus paredes, y dos olvidando sus dolores.



LA ESCUELA

Autor: Gabriel Vega Real.

Ilustrador: Alejandro Labastida Gordillo.

EL PUNTO G ES EL PUNTO DE PARTIDA de los desahuciados de la Escuela para enfermos sexuales. Yo no soy ningún enfermo, entré a la escuela por pura curiosidad. Las clases son impartidas por bomberos y por enfermeras, por policías y secretarias, por físico-constructivistas y amas de casa liberales; en fin, son impartidas por puras ilusiones. Las aulas son muy reducidas; están rodeadas de cristales espejados en donde se pueden ver a los maestros impartiendo su cátedra en pequeñas habitaciones que dan la apariencia de cuartos de hotel de paso.

Me sentía un poco nervioso. Una chica vestida únicamente con el color sonrosado de sus pechos me llevó al salón de clases, en donde el único alumno era yo. El aula estaba en penumbras, algunas luces de neón colocadas en las esquinas del techo me hacían pensar que estaba en la entrada de una discoteca de mala muerte. El ambiente olía a colillas de cigarro, y tras los espejos se veían parejas de maestros arrancándose la ropa. Después que la chica me colocó los labios en la mejilla, se retiró montada en unas zapatillas de cristal que la hacían parecer mucho más alta que yo. Antes de cerrar la puerta volvió la cara y me envió una sonrisa que en la oscuridad parecía que llenaba todo el salón. Sus labios estaban perfectamente recortados en su cara y sus ojos olían a pura lujuria.

Me sentí tranquilo. Estaba consciente que mi visita a la escuela para enfermos sexuales era como una visita de cortesía.

Al entrar a la escuela no sabía que había un ala para los alumnos y una para las alumnas. Las reglas son muy estrictas. Los pasillos que llevan a

las aulas están llenos de letreros con advertencias en color morado fosforescente del reglamento. Por ejemplo, hay letreros que dicen con mucha claridad: Estrictamente prohibido sodomizar a los maestros con objetos punzocortantes; Prohibido introducir cámaras de video y cualquier tipo de aparato fotográfico; No atar a los maestros de las manos con objetos ajenos a la institución; No usar condón está permitido, pero en casos de enfermedad venérea es sugerible su uso; Estrictamente prohibido intimar con los catedráticos. En fin, viendo tanto orden me sentí tranquilo. Aunque el sudor de las manos no se me quitaba. Esperé las instrucciones por el altavoz. En un principio las instrucciones son dadas por personas de voz muy suave, un tanto cachondonas, diría yo.

La primera orden casi me quita el aliento: *Eres un cerdo, siente cómo te tiemblan las piernas. Maldito animal. Me deseas; ¿verdad que me deseas? Tírate al suelo.* Lo bueno es que yo nada más iba por curioso, pero las palabras que salían cómo uñas de gata por el altavoz hicieron sentir que la sangre me reventara en la cabeza. Fue cuando sentí el primer latigazo; no supe de donde salió. Yo estaba tirado en el suelo esperando las instrucciones. Después que me flagelaron con latigazos tan dulces cómo un abrazo, sentí que mi cuerpo se estremecía con una eyaculación tan feroz como la voz que me gritaba que me arrastrara en la alfombra que olía a mugre y a sudor. Las imágenes en la pantalla de los maestros dando su cátedra me volvieron a la realidad. Yo me animé a ir para sentir lo que siente un depravado, pero no para que me latigearan, aunque entre los latigazos y las imágenes de enfermeras, secretarias, amas de casa y colegialas, sentí una inflamación en el estómago que casi provoca que se me infartara el corazón.

En ese momento, cuando las parejas de maestros se alejaban de los vidrios espejados y otros entraban para impartir una nueva clase, sentí una mano que me tocaba la espalda. Era la chica de labios recortados y ojos de lujuria. Me tomó de la espalda y con el control remoto cerró las cortinas del salón de clases.

Me sentí extraño, las otras veces que había ido, por pura curiosidad, después de la clase me arrojaban a la calle, pero esta vez, la chica me dijo

que se sentía harta de estar ahí, que quería que la expulsaran de la escuela. Me invitó a que nos portáramos mal, me dijo que le hablara de mis intimidades, que le dijera qué hacía en las mañanas y le platicara cómo bañaba a mi perro. Sabía que eso estaba prohibido, pero no me pude resistir. Le platiqué que me gustaba dormir después de leer algún libro y que me encantaban los esquites del mercado. Que creía que las manos de la mujer son el objeto más erótico, que dejar que pase el tiempo mirando la luna en la ventana es maravilloso y que hacerse viejo mirando llegar la noche es el verdadero amor. Ella me decía otras cosas, me decía que le gustaba que le acariciaran el cabello y la despertaran con un beso, que le llevaran el desayuno a la cama y platicar de cuando era niña. Estábamos rompiendo las reglas. Atrás de las cortinas los maestros impartían su cátedra y nosotros nos mirábamos como si nos conociéramos desde chiquillos.

Sonó la alarma de la escuela, los maestros disfrazados de bomberos nos llevaron con la maestra-directora, quien con ojos de reproche nos expulsó. Creo que hice mal, la verdad no sé. Nos desahuciaron y cada noche, después de darnos masajes en los pies nos reunimos en el Punto G, que es donde se reúnen los desahuciados de la escuela.



LA VIDA DESDE ESTA VIDA

Autor: Astrid Preciatte.

Ilustradora: Citlalli Ruíz Cantú.

MI OÍDO SE LLENA DE CANTOS DE SIRENA que se apagan con el sol. No sé cómo evitar que se evaporen y que me dejen en esta inmutable soledad. Me pregunto cada día si es mi imaginación, pero no puede serlo si me despiertan siempre a la misma hora cuando estoy en el mismo lugar.

Mis amigos me dicen que estoy loca y que estoy mal, pero lo dicen riéndose y entonces ya no sé qué es verdad y qué no. Yo les creería, pues también yo me lo diría. Pero al caminar por el sendero del parque que tiene piedras rojas y verdes, me veo en un mundo distinto que no me deja pensar bien. Luego de sentarme un momento debajo del árbol de cristal que se aparece frente a mí no tengo más remedio que evitar pensar en todo lo demás. Esto siempre pasa cuando estoy a punto de desaparecer.

El pájaro que viene a cantar sobre mí, me ha dicho que no me siente a pensar, sino que me pare a vivir. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Debo olvidarme de todo lo que existe dentro de mi cabeza para llevar una vida feliz? No puedo evitar encontrarme con constantes abstracciones del reflejo del mundo exterior. ¿Qué puedo hacer cuando no quiero hacer limonada? “*Si la vida te da limones, haz limonada*”, se la pasan diciéndome los demás. No me importa la limonada y no me interesan los limones que se me dan.

Ahora, al despertar, el pájaro me deja una semilla por ahí, me dice que la guarde para que recuerde lo que es la vida. No le entendí, pero ¡qué bien! Tengo una semilla que un pájaro parlante me dio. Todo esto en un marco de búsqueda de paz. Los cantos me inundan otra vez.

¿Serán las sirenas de nuevo? Pero no estoy en el mismo lugar, ni es la hora. No. Estos son cantos de monjes tibetanos que me quieren convencer de que me una a su movimiento de búsqueda de paz o algo. Me dejo hipnotizar por un instante, pues se siente bien dejarse llevar por esa onda acústica llena de calor. Pero luego les digo que no. Me voy corriendo por un instante y regreso a mi hogar.

La gente se ha ido de mi morada y me siento otra vez invadida de seguridad. Ese fuego en el cielo me hace sentir muy bien de nuevo, me ilumina con su lucidez y me hacen pensar otra vez en la inmortalidad. Me gusta cuando esas aves verdes pasan volando por ahí avisando que se van a dormir. Se esconden entre un árbol gigante que sale de la tierra cada tarde a las 6:00.

Al oír las entrañas de la tierra entrar en aquella convulsión de temblores que le permiten elevarse a aquél estado de perfección, sé entonces que es hora de dormir. Me tengo que cambiar y ponerme los pijamas de una noche anterior, siempre los de una noche anterior, para que las sirenas no se equivoquen de habitación. Me cepillo los dientes y me pongo a leer a Octavio Paz. Me lo imagino platicando con Samuel Ramos, José Vasconcelos y José Revueltas y escucho y escucho cada noche lo que ellos tienen que decir, que por cierto es mucho más de lo que cada noche creo que va a ser.

Después de soñar un rato con lo que al otro día va a pasar, vienen revoloteando por el aire las sirenas para empezar a cantar. Me gusta escucharlas y fingir que no me despierto, dicen cosas muy dulces y difíciles de explicar; pero sus figuras no se esconden en las sombras de la noche, se esconden en las ondas sonoras que viajan en el espacio sin materializarse, desafiando a Einstein, diciéndole que él no sabe toda la verdad.

Luego al despertar otra vez, todo el día se vuelve a repetir, pero esta vez no tengo que correr tanto para alcanzar el árbol de cristal y tampoco me tengo que dormir para hablar con el pájaro parlante. Sólo tengo que

bañarme y salir a caminar para observar todo eso que está pasando en cada rincón de la ciudad.



LA CONFESIÓN

Autor: Juan Bravo.

Ilustradora: Alejandro Labastida Gordillo.

‘CADA DÍA EN EL TRABAJO o en casa es un infierno, mis compañeros evitan acercarse a mí y lo comprendo. En casa, mi esposa ya no encuentra excusas con las que pueda disculpar cada pregunta que le hacen mis hijos acerca de mi extraño comportamiento, ¡éste maldito sueño...!’ Javo metió la cara en un cubo de agua fría despabilándose así el sueño y las ganas de vomitar.

El domingo por la mañana, sin siquiera desayunar, se fue a misa, se sentó en primera fila, media hora antes de la homilía de las siete, estaban barriendo y espantando los perros del vestíbulo cuando él entró. Hacía tanto tiempo que no sentía la confortable paz que le producían éstos muros. Se arrodilló y elevó sus pensamientos al cielo en busca de respuestas. *‘Dios mío, qué he hecho que me has abandonado’*.

Escuchó el sermón del párroco sumido en un solo pensamiento, *‘por qué yo’*. No comulgó, y al término de la misa, salió caminando sin destino y sin guía; las calles sin dueño lo observaban como quien ve a la hojarasca ser llevada en los brazos del viento. Al mediodía una idea lo tranquilizó, deteniendo su marcha de un sólo golpe, regresó corriendo a toda prisa a la iglesia hasta llegar con el alma en un hilo y su corazón en las manos. *‘Bendígame Padre, porque he pecado’*, dijo casi susurrando mientras se arrodillaba en el interior del confesionario.

—*‘Dime, ¿cuáles son tus pecados?’*, expresó el sacerdote un tanto molesto por haberlo despertado de su siesta.

—‘*Confieso ser el culpable de las muertes ocurridas en las calles de Ocosingo*’ pronunció como librándose de una terrible carga. ‘*Todo empezó por...*’.

—‘*¿Qué es lo que has dicho? ¿De qué muertes me estás hablando?*’, preguntó el cura sorprendido.

—‘*Aquellas cometidas, en las que las autoridades nunca encontraron al culpable, ¿Recuerda? Todo empezó con un alacrán que atacó a una persona a la altura del cuello...*’.

—‘*Hijo, no quiero burlarme de ti, pero todo me parece una locura. Anda, yo te absuelvo de todos tus pecados. Ve y molesta a otro con tus cuentos, que yo no tengo tu tiempo ni tu humor para andar jugando a los detectives*’.

—‘*Pero padre, juro por la Santísima Madre Virgen, que...*’.

—‘*¡No blasfemes en la casa de Dios, mentecato! ¡Largo de aquí! ¡Y si vuelves, haré que acabes en un manicomio, donde realmente deberías estar!*’.

Javier salió de la capilla más triste y desolado de lo que estaba. Incrédulo a sus ojos. ‘*Debo regresar mis pasos y descubrir dónde hice mal...*’.

‘*Yo no quería volverme un lunático, jamás quise serlo. Aunque pensándolo bien, el cura tiene razón. Mis palabras suenan vacías, pero es que nadie me dará el derecho de la duda, ¿razonable o no, tengo el derecho?, ¿o es que no inspiro confianza? Ya no soy un mozuelo que disfruta de andar por la vida mintiéndole a todo el mundo*’.

Al contrario, mis canas ya merecen un poco de respeto... ‘*Deja de jugar al detective y al santo, nadie creerá en ti, sólo eres otro pobre lunático*’, le espetó el espejo del aparador. ‘*¿Y si no eres real? ¿Y si sólo es mi mente, que cansada de tanta vulgaridad se divierte jugando conmigo? El padrecito ni enterado estaba de las muertes por las que estoy padeciendo... que tan posible es que todo sea un sueño...*’.

‘¡Viiiiip...! ¡Imbécil fíjate por donde caminas! ¡Animal, crees que Dios te hizo de hule o que!’. El sonido del claxon y las palabras del chofer del colectivo lo hicieron volver a la realidad.

‘Haría falta más que un pellizco para despertarte de esta pesadilla, Javo, no juegues con fuego, que tu familia podría quemarse, ¿te gustaría acaso que Julieta amaneciera quemada y nadie supiera dónde estuvo el fuego? Culparían a tu hermosa esposa, sin indicios de incendio, la acusarían de homicidio, y la cárcel no es lugar para gente decente, lo sabes ¿verdad?, además ¿quién cuidará de tus niñas?, aún están pequeñitas para andar solas por el mundo, ¿no crees? Aja, aja, Javo, Javo; no sabes cuán vulnerable eres, ¿crees que no sé cuánto darías por ellas?’.

‘No juegues con Sansón a las patadas, mejor cambiemos de partida y juguemos a ser los malos y sigamos con la cifra... La última vez bien que lo disfrutaste, ¿no? ¿Qué dirá la prensa cuando encuentre al ‘curita’ clavado a la cruz? Anda dilo, acepta que se lo merecía’.

‘Sí, por increíble, bien que se lo merecía’, aceptó Javo, con un nuevo brillo sardónico en la sonrisa.



LA VERDADERA VOCACIÓN

Autor: Melqui Esli Pérez Pérez.

Ilustrador: Alejandro Labastida Gordillo.

HERNÁN CARPIO ES UN LACAYO DE OFICINA, ingeniero agrónomo, a quien la necesidad y el desempleo lo alejaron del trabajo en campo para fastidiarlo haciendo oficios y llenando formatos detrás de un escritorio.

Hernán tiene aires de literato y mucho talento para la cocina, para experimentar con ingredientes; domina la teoría sobre procesos y cambios químicos en las sustancias, y utiliza la imaginación para variar diariamente lo que se prepara de comer. Tiene talento, pero ahora le queda muy poco presupuesto para las tantas pruebas que merodean en su cabeza. Por eso, un fin de semana decidió hacer nieves pequeñas. Buscó en internet referencias sobre las maneras más sencillas de hacerlas y los resultados de investigaciones recientes usando tecnología de punta. Hizo una docena, y al lunes siguiente las llevó a la oficina. Si lo hubiera pensado mejor, seguramente se habría dado cuenta que hay más de quince compañeros en su área. Ofreció las primeras a dos extraños que se encontraban a la entrada del edificio, le preguntaron el precio de las nieves, él dijo que nada, que sólo era para dar a conocer su producto; lo miraron con desconfianza y se las llevaron a la boca sin tanto preámbulo. Hernán caminó decepcionado, entró a la oficina y repartió nueve más a sus compañeros, advirtiéndoles que las degustaran sin prisa. Todos asintieron como a alguien que acaba de emitir una sentencia incuestionable. Después probarla unos decían “*Sabe bien*”, “*Le falta dulce*” o se limitaban a realizar un gesto del encuentro con lo ligeramente ácido o lo sobradamente delicioso. Tampoco las cobró. Hubo quienes insistieron en darle alguna moneda porque pobrecito no tiene dinero y

todavía anda regalando nieves. Le quedaba una, casi olvidada y pensó en comérsela, pero se detuvo, y con una sonrisa entre inocente y malévola corrió hasta el escritorio de la señorita Nora, la secretaria del Mayor, la del mero jefe. La señorita Nora tiene el cabello corto, altura mediana, delgada, bien vestida, algo vanidosa, un carro del año, perfume agradable, y a Hernán, como a varios, le revolotea el corazón cuando la mira, aunque es miedoso y nunca se atreverá a tirarle los perros.

Pero aquella vez si tuvo pantalones para llegar hasta ella, para invitarle uno de sus experimentos, esas pequeñas nieves que poco se había tomado tan en serio y que cada uno, con gesto o palabra le hacían creer a él que no tendría mucho éxito al venderlas. Pues ella le sonrió con esos labios que Hernán ha soñado tantas veces. La señorita Nora buscó monedas en su bolso y él dijo que no se preocupara, ella luego preguntó el sabor, y él respondió medio sonriendo que ella misma lo descubriría cerrando los ojos al comerlas, que nomás lo disfrutara, ella sonrió, casi se carcajea pero se contuvo. La señorita Nora conoce poco a Hernán, ha visto sus torpezas en el manejo de las foliadoras, su casi nula capacidad para la organización de sus archivos y ha escuchado que es muy ingenioso para escribir y cuadrar números y le llama la atención lo despreocupado que anda siempre. Él se retira y ella contempla su nieve, una mini-nieve, dice despacito, emocionada. Su jefe está de viaje, de gira, firmando compromisos con gente de alto mando, así que ella entra a la oficina privada, la de la puerta con un rótulo que dice sólo personal autorizado. Apaga la luz y cierra los ojos. La mini-nieve es más bien blanca con pringuitas de guayaba madura. Pero ahora no ve nada, la lleva a su boca, la saborea, piensa en la guayaba, pero un sabor tenue a guanábana termina por invadir su paladar, sigue sin prisa, piensa en la playa porque siente un sabor a coco en el aire de su boca, es de coco, dice, pero de inmediato viene una avalancha de mandarina que la hace moverse completa, en lo más hondo del sabor encontró la piña y una sensación de ligero cansancio, como si regresara de un viaje, *¡Esto sabe a felicidad!* grita con fuerza, como si afuera no hubiera nadie, como si el sonido se desvaneciera en la oscuridad.

A Hernán Carpio se le vio salir del trabajo en automóvil del año.



EL NAHUAL DE DOÑA MANUELA

Autor: José de Jesús López Pénate.

Ilustradora: Josefa Salinas Domínguez.

UN ROSTRO APENAS DISTINGUIBLE en sus múltiples deformidades le hacía a doña Manuela víctima de inimaginables conjeturas. El hombre más fornido y arrogante no podía más que horrorizarse ante su presencia: sus ojos eran de apariencia esquizofrénica, sin brillo alguno que dejara ver el mínimo detalle de cordura, su dentadura prominente, fuera de sus cuerdas bucales, tan grandes y desalineadas como putrefactas, acompañadas de una nariz aguileña enorme y arrugada, pómulos hinchados y una frente ensimismada; sus manos eran como las de un hombre robusto, sus uñas garras amenazantes, su cabello un homenaje a la nieve invernal, su vestimenta estaba desgastada por el tiempo y sus imponentes pies calzaban botas de hule que los hombres ch'oles acostumbran llevar consigo. Todo en conjunto podía sobrecoger el corazón del más valiente y petulante. Nadie en definitiva lograba retener por mucho tiempo la imagen de doña Manuela.

Los extraños y desagradables sucesos que noche tras noche acaecían en Tumbalá giraban en torno a ella. Mientras el pueblo entero dormía, en la calzada se escuchaban pasos que se extendían hasta el panteón municipal con un sonido estremecedor. “*Es mero xi'ba¹ ese*” o “*Es su arte de alguien*” eran los términos que utilizaban las personas que por trasnochar o que al despertar a media noche lograban percibir tales sonidos. Nadie dudaba de ello. Al amanecer se veía en la puerta de las

¹ Diablo o demonio en lengua Cho'.

chozas el repugnante excremento de lo que para todos era un ser de ultratumba.

Se cuenta que doña Manuela, al tener el enigmático don del nahual, se encaminaba en las sombras hacia un majestuoso árbol para despojarse de su piel y metamorfosearse en una vaca que gustaba de abrumar a las familias y desenterrar los cadáveres para comérselos.

El terror con el tiempo se volvió palpitante entre los indígenas, la incertidumbre no daba el qué hacer. Cada puesta de sol era un inevitable retorno al abismo del miedo, y la espera anhelante del mañana eternizaba las horas de la noche. Pero finalmente, de entre todo ese cúmulo de temores, el agüero de que los eventos nocturnos no tuviera fin logró forjar inexplicablemente la valentía de unos hombres que decidieron enfrentar al inefable ser que amedrentaba al pueblo.

—Vamos a espialo ahí donde siempre pasa, pa' que lo agarramos entre todos— concertaron, en una reunión que habían organizado.

Esa misma noche pidieron posada en los hogares del centro de Tumbalá, con la convicción de restaurar la tranquilidad de la gente, y el deseo de ser considerados héroes en el municipio. Esperaron con firmeza a quien debían de enfrentar, pero cuál no sería su sorpresa al descubrir la descomunal vaca que se paseaba con un sonido terrible y daba el aspecto de ser indómita e inmortal por el simple hecho de parecer una criatura infernal. La valentía que horas antes habían manifestado aquellos hombres quedó reducida al tiritar continuo que el terror les causaba. Jamás en su vida habían conocido a un monstruo de semejante tamaño y pronto desistieron de sus propósitos, anhelando únicamente el despuntar del día. Sin embargo, hubo uno entre ellos que armado de valor decidió salir de su choza para perseguir a la ingente vaca, aunque de ello pendiera el hilo de su vida.

—¿Donde será que vino esa vaca?— se preguntaba *—Sí aquí en Tumbalá no hay. Hay vaca pe' solo hasta en las pincas. ¿Dónde será que vino? ¿Será que se escapó de una pinca o será que es mero xi'ba?*

Las horas transcurrieron en continua persecución. La algarabía de los animales nocturnos, junto a las sombras que lo envolvían, fueron un espléndido camuflaje ante el monstruo al que acechaba, pero creaban una atmósfera tétrica que le helaba la sangre. Cuando el lapso entre la oscuridad de la madrugada y la aurora era ya de escaso tiempo, vio a la vaca dirigirse hacia un enorme árbol velado por la niebla, y pronunciar unas palabras que lo dejaron boquiabierto, por lo increíble que ello suponía.

—*Súbete cuero, súbete cuero*— fue el conjuro mágico que escuchó del animal, que lentamente se revestía con una piel humana hallada bajo el árbol.

Su asombro llegó hasta el límite de la perplejidad al descubrir a doña Manuela ocupando el lugar que antes tenía la vaca. Atónito, casi sin aliento, la vio encaminarse en dirección a su hogar con una tranquilidad asombrosa, ajena a lo que anteriormente había ocurrido. ¿Cómo era posible la conversión de humano a animal, y viceversa? No lo podía comprender. Lo único que atinaba a pensar era que se trataba del nahual de doña Manuela.

Lentamente salió de su escondrijo. Tras mucho meditar, y ante el asombro que aún no dejaba de sobrecogerle, se dispuso a volver a su pequeño jacal y echar al olvido todo recuerdo de aquella larga madrugada. Mas, cuando daba por concluida su aventura, una idea le asaltó de súbito y se cargó del valor suficiente para retomar su propósito inicial. —*Ya sé lo que lo tengo que hacer*— se dijo. —*No lo debo de tener miedo a ese animal, si es doña Manuela. Lo que lo tengo que hacer, es hacerlo mi maldad con su cuero que deja, pa' que cuando regresa lo vea ya todo jodido y no lo pueda volverlo usar.*

Al amanecer, mientras el sol gobernó los cielos no pudo ni quiso mencionar a nadie lo ocurrido, tan sólo esperó el ocaso para acudir al mismo sitio en que había presenciado la transmutación. Ahora el miedo no le invadía sobremanera, esta vez sabía cómo enfrentar a la vaca sin

siquiera exponerse a ella, y eso le llenaba de cierto aire de confianza que le mantenía firme en su decisión.

Cuando la oscuridad desplegó nuevamente sus alas, oculto en la maleza, pudo vislumbrar al filo de la media noche una silueta aproximándose entre la bruma. Al llegar al titánico árbol, como un ritual necesario para sufrir la metamorfosis, pronunció: —*Bájate cuero, bájate cuero.*

Un brusco encuentro entre alivio y terror a manera de escalofrío sintió al advertir, por fin, una sombra aproximándose con vivacidad. Presenciaría ahora lo que ocurriría, pero el riesgo de ser descubierto se volvió más que nunca inminente. —*Súbete cuero, súbete cuero*— atendió instantes después. Enseguida un alarido resonó de manera terrible. Tras las palabras proferidas la piel había intentado retornar a doña Manuela pero el chile en él le provocó un tormento indecible por todo su cuerpo, que ella no tuvo más que correr, aún transformada en animal, por cada rincón del pueblo. Los indígenas despertaron abruptamente en medio de aquel escándalo insoportable. Curiosos de lo que pasaba, salieron de sus chozas y atiborraron en un abrir y cerrar de ojos los caminos y senderos de Tumbalá. Doña Manuela corría, brincaba y gritaba ferozmente. La gente no sin sorpresa la observaba revolviéndose entre el pedregal y la espesura de los montes, tratando de conseguir algo que no obtenía: sosegar su sufrimiento.

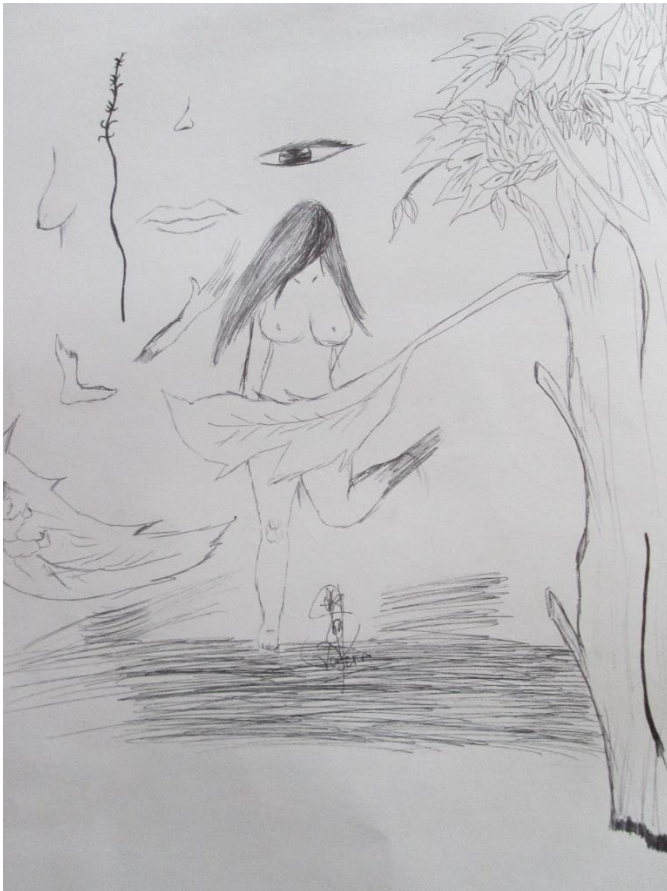
Para entonces todos se armaron de valor dadas las circunstancias en que ella se encontraba, y por el sentimiento de superioridad que experimentaban al verse en ventaja: era todo el pueblo contra ella sola. —*Lácenlo di 'una vez ese animal*— se escuchó entre la multitud, al cabo de un rato.

Al capturarla, fue indiscutible su asesinato. Esto se hizo de manera muy peculiar: primero la inmovilizaron maniatándola por sus extremos, y posteriormente, aquel mismo hombre que había demostrado gran arrojo al esperar toda la noche para presenciar tan magno momento, cogió una

Cuentos breves

enorme cantidad de chile que aún le sobraba y lo introdujo velozmente en el trasero del animal. Al momento liberaron a doña Manuela, quien comenzó de nueva cuenta a correr con gran desesperación, dando agudos gritos que manifestaron su inmenso dolor. Finalmente cayó abatida. En un soplo expiró en medio de tanta satisfacción.

Así se terminó la ola de miedo que a diario experimentaban niños, mujeres y hombres de Tumbalá. A partir de entonces sus noches fueron balsámicas y nunca hubo más terrores que enfrentar.



LA PRINCESA “Ameyaxóchitl”

Autor: Itzadrian Gordillo.

Ilustradora: Citlalli Ruíz Cantú.

EN LA COMARCA ME' K'INUBAL, dónde se dan asombrosamente inmensos árboles, manglares grandiosos con perfectas ceibas, cedros y guanacastes, donde la fragata presume en carmín su romance eterno y batráceas voces inundan los lagos; ahí está ella: dulce y tierna, con ojos de asombro, vívidos de sueños. La Princesa Ameyaxóchitl ha despertado y enjuaga su rostro en subterráneo manantial, peina cuidadosa su cabello y con sandalias aladas va pronta y ligera a recorrer los manglares.

La guardiana del lugar asoma sus ojos al alba y visita afanosa y ágil cada rincón. Treza y destreza el mangle con fidelidad, dirige al pelícano, traza surco al zanquilargo que remonta en despedida, custodia los huevecillos de las pintorescas aves y al caimán y al cocodrilo que inadvertido aparece, mimosa su inflexible cordillera dulcificando sus fauces. Como de costumbre, la princesa deposita suavemente las dulces gotas de rocío en las silvestres flores y abre, uno a uno, los pétalos que han recibido el beso de la aurora. Al concluir su labor imprescindible, se produce en su ser escalofrío, al percatarse que es tenue e imperceptible, la luz del Astro Rey.

—Se ha dispuesto todo como siempre, se ha seguido el orden de natura, pero algo ha cambiado el universo. ¿Acaso Morfeo ha dejado al Sol en cautiverio o mi labor erré y en su molestia, sus rayos han menguado en mi castigo?

A lo lejos del manglar se libra una gran batalla y es causante absoluto de congoja, que los rayos del sol hayan menguado, que pretenda extinguir su luz preciosa.

El Mar ha aprisionado al Sol y en un gesto decidido resolvió impedir su encuentro con la Luna. Celosa, se rehúsa a abrir los brazos y lo aprisiona entre sus redes de algas y corales. Desafiante y con bravura, el coloso se resiste, mas el intento es en vano y con gran pesar ve marchar a su amada. El Sol está triste y ha dejado que el Mar le impida extender sus brazos para iluminarnos, aunque tiernamente y a lo lejos, las nubes trasminan sus rayos minúsculos y agonizantes. La Princesa Ameyaxóchitl ha pedido al zanquilargo en su partida, la transporte a la copa de un mangle que luce triste y ha desatado sus trenzas en su desesperación por no encontrar el tibio beso del sol.

—Hermano Mangle, estoy tan confundida como tú. No logro comprender el abandono del Sol. Hasta hoy hemos gozado de su luz, del suave roce de sus rayos y ahora, sin su abrigo, perecerá nuestra comarca.

Mientras tanto, en el firmamento los rayos agónicos del sol, en su esfuerzo por alcanzar a su amada, despuntan, hallando un tibio roce que estremece su núcleo y se produce algo inesperado. Una descarga tremenda hace que el mar libere al Sol de sus ataduras y vuelva los ojos a la tierra para encontrar razón a sus sospechas. Poco a poco... el mar sonríe. La exaltación de sus aguas son ahora mansas olas y la brutalidad de sus amarras se han convertido en dócil arrecife.

—¡Que dulce es el amor sobre las olas, pronto la justicia me ha colmado!

—¡Selene, nadie turba nuestros sueños el enemigo a hurtadillas se ha esfumado!

El centinela de la prisión de algas y corales, en un descuido dejó escapar un pequeño rayo de sol y en su huida se topó con la Princesa Ameyaxóchitl. El inmenso resplandor de la princesa estremeció al Sol, y el Mar descubre el origen del inquietante sobresalto de su adversario y ríe sereno y satisfecho. Inmediatamente da la orden.

—¡Liberen al Soooooo!— grita imponente.

En la Comarca Me' k'inubal todo es algarabía. Las aguas ríen siguiendo su cauce, las ranas y sapos cantan en coro. El mangle enjuga su llanto entonando canciones de júbilo, trenzando sus gajos. La Princesa del Manglar, danza, canta y salta. Sus ojos brillantes descubren paisajes.

—*¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!*— con gozo repite mientras se desplaza por el arcoíris.

Un silencio infinito en el cielo reposa, ajeno a batallas, absurdas y locas. Admira la luna su bella figura, se ufana soberbia del garbo que porta e ignora cruzadas de guerreros necios, de amantes frustrados de mil universos.



SICUIRANCHA EL PRIMER PURÉPECHA

Autor: Jorge Rojas Martínez.

Ilustradora: Josefa Salinas Domínguez.

...LLEVAMOS CORRIENDO MÁS DE DOS DÍAS y dos noches por el bosque, en las montañas de Nahautzen que rodean el lago de Pátzcuaro, y desde donde se ve el espejo azul turquesa del lago de Zirahuén, y sólo desde la parte más alta se aprecia del lado contrario y en la lejanía el tenue y delgado reflejo del inmenso lago de Cuitzeo, entre los tres lagos de vida conforman el centro del gran reino de mi padre... ¡oh mi padre... mi corazón se comprime!

...esta noche es oscura y espesa, Nana Cutzi alumbra mis pasos agitados, está a mi espalda y es ahora un gran disco brillante y reluciente con mil marcas en su cuerpo, hace relucir las frías piedras del camino bañadas de escarcha y de rocío junto al lejano reflejo del lago sin distinguir cuáles estrellas y luceros pertenecen al cielo y cuáles al lago...

...sigo corriendo, el sudor de mi piel y su calor despiden humo hacia el cielo, mi piel cortada por la maleza y el cansancio de mis pies me atormentan... pienso en mil cosas para no desfallecer... el lago se distingue a lo lejos tranquilo, sólo se escucha el lejano murmullo de sus olas al acariciar las orillas y el silbido suave del bejuco al partir en dos al viento...

...por más que quiero vaciar mi cabeza y mi pensamiento, éste vuelve a mí envenenado, como una llamarada creciente que me quema por dentro, el dolor y el odio apuran mi marcha... recuerdo todo con una claridad que ciega mis ojos, como si viera a Tata Huirata fijamente cuando está en su cima y lo calienta todo, lo ilumina todo...

...se inflama mi corazón que casi revienta, mis cuencas explotan, sólo busco la más terrible venganza y en mi cabeza retumba el grito ensordecedor: ¡Traidores... traidores! ... mi mano tiembla al apretar mi lanza, ayer sentía aún miedo, ahora siento sólo furia, más no me detendré hasta haber atravesado con ella el corazón de esos perros, quienes han dado muerte a mi padre. ¡Oh mi padre... mi corazón se comprime!

¡Mi padre que vino de lejos, de otros lugares, sometió a los pueblos de los lagos y de la sierra, el que ayer me enseñó a cazar, a pescar, de quién aprendí la guerra, a honrar y confiar en Curicaueri, señor del fuego a quién ahora todos veneran, mi padre que venció a mil guerreros y más de una vez me alzó en sus manos llenas de sangre tras la batalla! ¡Oh mi padre ha muerto, asesinado por los hermanos de mi madre que como coyotes han entrado de noche y lo han apuñalado! ¡Mi cuerpo se revuelve y tiemblo de ira!

...sigo corriendo, voy tras sus pasos desde hace dos días y dos noches, mis guerreros me acompañan, vamos cada vez más alto en las montañas donde el bosque cierra sus ramas a la luz de las estrellas... ¡Ya percibo el olor de sus hogueras! ¡Mía será la venganza, sacaré sus corazones y escucharé de sus bocas cuando salga su último aliento!

... aminoramos el paso, vamos despacio... en silencio, Nana Cutzi que nos cuidaba, ahora nos delata, sólo percibo la negra silueta de mis guerreros y el brillo cercano de esas hogueras... son seis hombres... seis siluetas iluminadas... nos han escuchado... se inquietan... veo sus caras desfiguradas buscando en la noche... es tarde para ellos, los hemos rodeado... saben a qué hemos venido... gritan temblando: —¿*Quién eres?*...

—*¡Soy Sicuirancha, hijo de Ticáteme señor de los Lagos, Purépecha... hijo de Curicaueri!*

Cuentos breves



EL NIÑO TRAVIESO

Autor e ilustrador: Alejandro Labastida Gordillo.

UN DÍA POR LA MAÑANA, Timoteo paseaba por el pueblo de Raudales Malpaso, en el municipio de Mezcalapa, Chiapas, cuando se le ocurrió tirar una piedra hacia un árbol donde había visto un pajarito. El pájaro se dio cuenta y voló rápidamente para que la piedra no le pegara. La piedra llevaba mucha fuerza porque Timoteo la había lanzado con un tirador de hule, y no pasó mucho tiempo cuando se escuchó el ruido fuerte de un enorme cristal como que si hubiera caído de una altura enorme. Timoteo se alarmó y le dio mucho miedo, desde lejos vio que un viejecito corría hacia donde él estaba. Escucho que el viejito gritaba: — *¿Quién fue ese condenado apestoso que quebró el cristal de mi ventana?*

Timoteo al ver el enorme coraje del anciano dijo: — *¡Hay caray, entonces fui yo, hay Timoteo patitas para cuando te quiero!*

Dijo así porque así acostumbraba decir su tío Gaspar Pérez Velázquez allá en el municipio de Bella Vista Chiapas. Y fue entonces que Timoteo salió corriendo a toda velocidad, hasta parecía ir más rápido que un carro, hasta tres motos que iban en la calle las pasó a dejar de tan fuerte que corría, con decirles que los pies no se le miraban. Después de un rato entró a su casa, se sentó en la sala, y encendió la televisión; se llevó una gran sorpresa al ver que estaban pasando el noticiero de Juancholín López Doriga y justamente en ese momento estaba una reportera de nombre Sunchana Solís entrevistando a un anciano, el anciano se veía muy molesto explicando lo sucedido. Sunchana Solís preguntó: — *¿Cómo se llama el agresor, usted vio cuántos eran, para dónde corrió, cómo iba vestido?*

El viejecito: — *¡Hay pues, uff, bueno! Todo fue muy rápido, Sunchana. Lo que quiero es que me paguen el cristal de mi ventana, así que ese condenado chamaco apestoso, nariz con hoyo o con moco. Si me está viendo, que haga favor de pasar a pagar mi cristal de mi ventana o yo no sé quién sea el papá de ese chamaco condenado, yo quiero que me paguen no importa si es de los González Vega, de los Reyes, de los Benavides, de los Hernández o si es hijo de Juan Alberto la Loba.*

El niño Timoteo se quedó pensando y dijo: — *Ya no debo hacer travesuras. Porque si ese anciano me hubiera visto, bien ya estuviera yo en la cárcel—*. El niño se quedó sentado en el sillón y se le empezaron a escurrir las lágrimas. En ese momento su papá y su mamá entraron a su casa, y como vieron que Timoteo estaba llorando le preguntaron: — *¿Qué tienes hijo? Discúlpalos que no te avisamos que salimos fuera, fuimos a visitar a tu abuelita que se enfermó repentinamente pero ya está mucho mejor.*

Timoteo contestó de inmediato: — *¡Si te digo qué me sucedió, creo que me vas a pegar con el cinturón—*. El papá le respondió: — *A ver, explica, ven y siéntate aquí a mi lado.*

Timoteo empezó a dar detalles de lo sucedido, sin decir mentiras, lo que hizo reaccionar de manera favorable a su papá. Así que su papá dijo: — *No te preocupes, hijo adorado, eso sucede cuando es uno pequeño; generalmente, siempre estamos metidos en problemas. Bueno, déjame contarte algo, cuando yo era pequeño me pasó algo parecido, nada más que yo le rajé la cabeza a un anciano que estuvo hospitalizado un poco más de dos meses, los familiares quedaron muy contentos conmigo, ellos decían que antes del golpe el anciano era un poco tonto y que después del golpe se había puesto muy vivo y más inteligente, por ello, mi papá no me pegó, al contrario, me felicitó, pero me dijo que ya no volviera yo a hacerlo de nuevo. Hoy me toca apoyarte a ti, mi pequeño, y no te preocupes. Bueno quédate aquí yo visitaré al anciano a su casa.*

Unas horas más tarde, don Manolo “el taquero”, papá de Timoteo, fue a casa del anciano, tocó la puerta. El anciano salió y dijo: — *A ver, diga*

usted joven, en qué puedo atenderlo—. Don Manolo comentó: —Bueno, yo soy papá del niño que rompió el cristal de la ventana de su casa y he llegado a pagar los daños—. El anciano respondió inmediatamente: — ¿Qué, usted es el papá de ese apestoso? No, no, no, usted disculpe joven. No hay nada que pagar. Gracias a su hijo ya soy famoso, sí, salí en televisión a nivel nacional en el noticiero de Juancholín López Doriga y me entrevistó Sunchana Solis, reportera de Televisa aquí en Chiapas. Muchos familiares que viven en otros estados de la república mexicana me estuvieron hablando por teléfono y me decían que me vieron en la televisión; gracias a su hijo me vieron familiares que en muchos años no me habían visto. Usted no se preocupe que ya todo pasó, así que siga su camino, que en estos momentos viajaré a visitar a unos familiares allá por el istmo de Tehuantepec, a un lugar que se llama Magdalena Tequisistlán, Oaxaca. Hasta luego joven, y recuerde usted no tiene que pagar nada.

Don Manolo, feliz por no gastar se fue hasta su taquería chiflando y saltando como un niño frenético.



GALLINITA

Autor: Carlos Alberto de la Cruz Suárez.

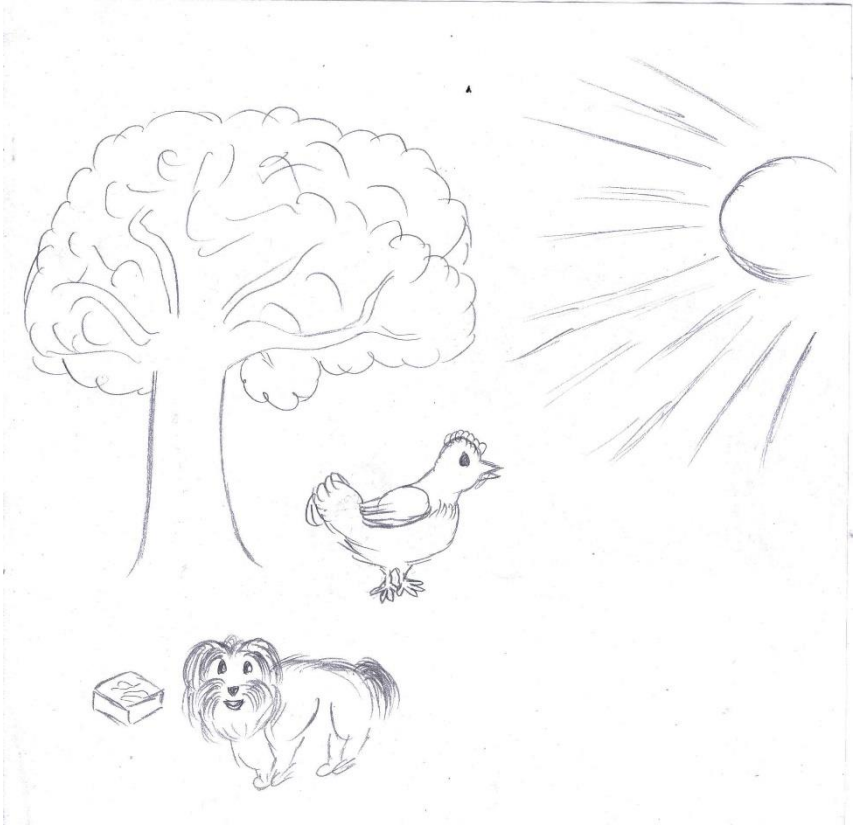
Ilustrador: Jorge I. Sánchez Sánchez.

TODAS LAS MAÑANAS cuando abro la puerta trasera que da al patio, salta ella con sus dos patas. Es muy pequeña y no es cualquier gallinita, es muy inteligente. Ella come tortillitas remojadas, también come gusanitos entre la hojarasca.

Al medio día bebe agua del plato de bombón, un perrito maltés de color blanco. Mi gallinita sólo bebe agua porque bombón es celoso y no le deja comer en su plato, aunque son buenos amigos y juegan juntos.

Cuando gallinita se siente cansada se trepa al lomo de Nariz, la perrita negra que siempre se acuesta a dormir bajo el limonero, y así se pasa la tarde. Cuando regreso de la escuela jugamos a que es mi perico y yo el pirata, es buena actriz, cuando me siento a leer se trepa a mis pies a dormir, mamá dice que es graciosa y buena amiga.

En la noche agita sus alitas y se esponja, parece de peluche, la pongo en su cajita para dormir; todas las noches sueño que mi gallinita será muy grande y al despertar en las mañanas al ir a la escuela me pongo rápido el uniforme y desayuno bien para que me den ganas de estudiar y tener diez en las tareas, para que cuando grande pueda comprar unos zapatos para mi gallinita y no camine descalza por todo el patio.



ÓSKAR

Autora: Socorro Trejo Sirvent.

Ilustradora: Josefa Salinas Domínguez.

ÓSKAR VIVÍA EN LA MEJOR ZONA residencial de la ciudad, en una casa que más bien parecía un palacio sacado de “Las mil y una noches”. Era joven, apuesto y con unos ojazos verdes fuera de serie. Lo mimaban, le consentían sus caprichos por menores que éstos fueran. Gozaba de esa posición y le sacaba el mejor provecho.

Tenía a su disposición a doncellas hermosas que lo bañaban, lo perfumaban, lo vestían, lo acariciaban. Era un ser privilegiado. Disfrutaba la existencia tan placentera que le había deparado el destino. Había recorrido el mundo varias veces y siempre era objeto de admiración. Por si esto fuera poco, no tenía ningún vicio, ni era parrandero.

A pesar de todo, Óskar no era completamente feliz. A últimas fechas se le veía triste, amargado, taciturno. Ya no le entusiasmaba ni el palacete en que vivía, ni los viajes por el mundo, ni los regios banquetes, ni la corte de doncellas que vivían para mimarlo. Él deseaba una compañera, un verdadero hogar y le dolía reconocer que era un ser solitario. Casi se había convertido en un anacoreta que rumiaba en jaula de oro su soledad.

De nada servía todo el lujo, el confort, la buena vida. Un día decidió dejarlo todo y volverse un vagabundo. Preparó su huida, tenía que ser fuerte para voltear la página y empezar un nuevo camino.

Una noche, con paso decidido, abandonó la mansión y se lanzó a una nueva vida. Feliz, ya en plena libertad, empezó a enamorar a cuanta gatita bonita encontraba a su paso. Esa noche se pasó maullando de contento hasta el amanecer.



Cuentos breves

Título	Autor, ilustración
<i>La llamada</i>	Ernesto Adair Zepeda Villarreal, Citlalli Ruíz Cantú
<i>Tu fantasma</i>	Flor negra... Che, Citlalli Ruíz Cantú
<i>Fabian Chico</i>	Gabriel Vega Real, Alejandro Labastida Gordillo
<i>La escuela</i>	Gabriel Vega Real, Alejandro Labastida Gordillo
<i>La vida desde esta vida</i>	Astrid Preciatte, Citlalli Ruíz Cantú
<i>La confesión</i>	Juan Bravo, Alejandro Labastida Gordillo
<i>La verdadera vocación</i>	Melqui Esli Pérez Pérez, Alejandro Labastida Gordillo
<i>El nahual de doña Manuela</i>	José de Jesús López Peñate, Josefa Salinas Domínguez
<i>La Princesa “Ameyaxóchitl”</i>	Itzadrian Gordillo, Citlalli Ruíz Cantú
<i>Sicuirancha El Primer Purépecha</i>	Jorge Rojas Martínez, Josefa Salinas Domínguez
<i>El niño travieso</i>	Alejandro Labastida Gordillo
<i>Gallinita</i>	Carlos Alberto de la Cruz Suárez, Jorge I. Sánchez Sánchez
<i>Óskar</i>	Socorro Trejo Sirvent, Josefa Salinas Domínguez

Salinas Domínguez, Chepy (Josefa). (Tiltepec, jiquipilas, Chiapas). Licenciada en Educ. Sec. Especialidad Química por la Escuela Normal Superior de Chiapas. Maestría y Doctorado por la Universidad del Sur.



Ha participado en lecturas de poesía de su autoría en: XXXII aniversario de la ENSCH, Encuentro Al sur de la palabra, San Cristóbal de las Casas, Museo del café, Museo de la marimba, Centro cultural Jaime Sabines, con Eraclio Zepeda en Circulo Editorial Azteca, en el XXIV Encuentro internacional de mujeres poetas en el país de las nubes, en la sala Boari del Palacio de Bellas Artes. Antologada en poemarios colectivos *Des-nudos entre la imagen y el verso*, *Destellos que arden*, *Palabras en libertad*, *Cántaro de voces*, *Cofre de cedro*, *Mujeres poetas por la paz*, *Mujeres poetas en el país de las nubes*, en la revista *Va de nuez* (Guadalajara), *Viejas brujas II* (ediciones Aquelarre), *La aldaba entre la arena* (Colectivo Entrópico), *Poesía desde la coyuntura: voces para caminar* y periódico *El machete* (CLETA/UNAM), revista digital *La piraña* (www.piranhamx.club); *Sureñas* (Coneculta, Forcazs).

Libros de su autoría *Cielo rojo* y *Letanía de soles viejos*. Promotora cultural de editorial Maya cartonera.

Fb: Chepy Salinas Domínguez

Fb: Maya Cartonera

mayacartonera.blogspot.com

Jossesad@hotmail.com



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias

Fb: Ediciones Ave Azul

www.aveazul.com.mx